

Jubileo de 1950--

Cruzada Jubilar Del Año Santo: Los Enfermos

Por MIGUEL SELGA, S. J.

(Especial para VERITAS)

En la vasta planicie de esta tierra que habitamos veo dos grupos ingentes de personas: los sanos y los enfermos. Los primeros no dejan pasar día sin cruzar la tierra, el aire y el mar, en busca del disfrute de la vida: los enfermos nos sentimos enclavados al techo del dolor por las cadenas de la enfermedad. Para los sanos brilla siempre esplendorosa la luz del día: en cambio, sobre nuestras cabezas de enfermos se cierne la luz cenicienta de un crepúsculo que desciende al ocaso. Los sanos pasean entre jardines cuajados de flores: a nosotros enfermos nos han arrumbado a la vera de un camino, cubierto de espinas. Al pasar delante de ellos, las gentes exclaman: ¡Felicidad!, al acercarse a nosotros murmuran: ¡Pobres! Sí, pobres y muy dignos de compasión son los enfermos. La fiebre les consume, el dolor atenaza sus miembros, la parálisis o el reuma le inmoviliza, el glaucoma les consume la vista, el cáncer les corroe los tejidos, la tisis y la anemia les chupa la existencia poco a poco y les exprime sin compasión la alegría de la vida. El espíritu del enfermo se siente oprimido, oscurecido, como amedrantado con el continuo dolor, con la completa cerrazón del horizonte

bajo una atmósfera plúmbea que como densísimo velo quiere ocultar las pocas estrellas que lucen en el firmamento de la esperanza. Aunque siempre son de agradecer no siempre reaniman del todo al enfermo las visitas que recibe, que unas son fugaces como las ráfagas de viento, otras llevan el sello no del afecto y compasión, sino de compromiso y cortesía social y todas al juxtaponer las alegrías de los sanos con los achaques de los enfermos adentran muy profundamente el contraste angustioso del dolor. Sufren los enfermos que cuentan con medicinas y lenitivos para sus dolencias: sufren más los enfermos que carecen de medios y recursos. Sufren los enfermos diariente visitados por médico especialistas que regulan la alimentación y alcoba de los enfermos hospitalizados en clínicas modernas: sufren más los enfermos que apenas tienen cama donde dejar caer el cuerpo, dolorido, casa donde resguardarse

de las inclemencias del tiempo, ajuar y ropa imprescindible en los paroxismos del dolor y amigos leales a quienes confiar el cumplimiento de encargos delicados del hogar. Sufre el padre de familia, el hombre de negocios, el gerente de una fábrica, el jefe político de una región, que se ven incapacitados para desarrollar su actividad familiar, industrial, social o política y gimen angustiados ante el espectro de la desgracia que se cierne sobre su esposa é hijos. Sufre el sacerdote fervoroso que por la enfermedad se ve reducido a la impotencia y no puede llevar a cabo las obras de celo que reclama el bien de la parroquia. Sufre el celoso misionero que, sucumbiendo al peso de la enfermedad, tuvo que abandonar el campo misional. Sufre el religioso observante que lamenta no poder seguir la vida de comunidad y desem-

peñar el cargo, que en la casa o clase le encargara la obediencia. Sobre una tierra sin flores, bajo un cielo sin estrellas, nosotros los enfermos caminamos por el mundo, espolcados por el acicate del dolor. Reducidos a la inacción sentimos que del fondo de nuestro corazón sube a los labios esta amarguísima expresión: ¡No puedo nada, no valgo para nada, sólo para dar que hacer y causar molestias! Y así un día y otro día, un mes y otro mes, un año y otro año, sin ver en este callejón de nuestra enfermedad más salida que el negro abismo de la muerte. Tenemos que privarnos de muchas cosas, tenemos que vivir sometidos a un régimen duro y pesado. En el breve sueño de la noche, en las largas horas del día, aparece revoloteando delante de nosotros, en giros cada vez más cerrados, esa ave siniestra de la muerte.

¡Sursum corda! ¡Arriba los co-